

Capítulo 10. La gran reunión.

Una noche más, Lilith se despertó desconcertada. ¿Quién era realmente? A veces se sentía Atram, atrapada en un sueño, mirando desde una ventana lo que pasaba, sin poder comunicarse ni tomar el control. Otras, sin embargo, era plenamente Lilith. Lilith la valiente, la sabia, la completa. Una evolución total, sin fragmentar, sin dudas ni confusiones. Tenía recuerdos de Atram, y muchas veces la añoraba. Llegaba a pensar que la estaba traicionando o abandonando en cierto modo. Pero cuando hacía esto, el mundo era peor y se sentía muy mal. Se colapsaba y sufría delirios. Prefería cuando se sentía plenamente Lilith. Ese sílfo, fuera lo que fuera, ya formaba parte de ella, le gustara o no y lo mejor que podía hacer era aceptarlo, cabalgarlo, convertirse en su nuevo yo por completo.

Después de todo, Atram había muerto, como aquel ente felino ya le auguró, poco antes de que pasara, en la capilla de Atlanta. Y no era la primera vez. Aún recordaba su abrazo y su rito de creación, algo suave para los cánones de la secta, en el que simplemente, Marta, la alumna más brillante de Historia Antigua de todo Méjico, volteó su nombre para aceptar su nueva condición. Strathcona había dirigido todo el proceso. Utilizó a un tremere camarilla al que había capturado y torturado, para, tras dominarlo por completo mediante sus habilidades de hipnosis y borrado de recuerdos, obligarle a crearla a ella. Y luego, le dio la muerte definitiva. Pero esto, su verdadero origen, el Cardenal, lo guardaba en secreto y le hizo jurar que así lo hiciera ella.

Durante su etapa de preparación, tuvo que pasar algunas pruebas de estrés y pequeños periodos de aislamiento y hambre... mucha hambre, para aprender a manejarse ante el frenesí. Fue instruida en diversas técnicas de control mental para optimizar su poder de concentración y sometida a largos y complicados ciclos de estudio de las artes de la magia de la sangre. Pero posiblemente, su verdadero rito de creación, había sido el que le proporcionó aquella gárgola treinta años más tarde. Aquel paso por la muerte definitiva, la convirtió en una verdadera Sabbat.

La noche anterior había sufrido una especie de regresión al ver a la criatura marmolea miembro de los Navegantes. Durante unos minutos, el control sobre su nuevo yo colapsó y a punto estuvo de entrar en Röstcheck, aquel miedo descontrolado al que tanto temían los vástagos, recordando sus últimos momentos como Atram.

Pero, finalmente, se iba haciendo con ello. Estaba cogiéndole el tranquilo. Cuando comenzó a encajar todas las piezas, las últimas horas antes del amanecer fueron llegándole en tromba. La desolación de su querido Lupus, el arribo al refugio comunal junto a De Paso, Pantera y Quatemoc contándoles la charla con la Arzobispo y el encuentro de De Soto con su sire. Y como colofón de la noche, la llegada de un enardecido Bestia, a punto de despuntar el alba, radiante como nunca antes lo hubiera visto, contando maravillas sobre un Tzimisce polaco, su circo y sus experimentos y asombrado con las habilidades mostradas por su chiquilla en lo referente a malabarismos con fuego.

Recapitulemos. - Dijo De Paso. Aquella noche, se habían reunido tras despertarse en el refugio que habían habilitado, en una cripta, dentro del Templo de los Eternos Suspiros. - Tenemos una serie de misteriosas desapariciones y un ambiente político revuelto y enrarecido, en una ciudad maravillosa, llena de chupones curiosos. - El tzimisce, aseado y acicalado como siempre, con su aire de señorío de principios del siglo veinte, se había sentado con una silla colocada al revés y movía las manos ayudándose en el discurso. - La Arzobispo Valez nos ayudará si le mostramos pleitesía y le ayudamos a enfrentar a sus rivales. Los Pastores de Caín que, junto a los Bibliotecarios, puede que sean los que más saben a cerca de nuestras cuitas, no están dispuestos a recibirnos.

-El dioctor Zarnovich asegúra que los Passtorres noss resibirrán si nos mostriamos interesados en suss ritoss rieligiososs. Perro él crrie que exiepto Zhou, el riessto no estafa ya intieresado en temas de ifiernalismo. - La Bestia, de pie en una esquina y de brazos cruzados seguía pareciendo, tras la noche, mucho más animado que de costumbre. Lilith podía notar un ostensible cambio en el viejo cainita. - Porr lio que puede qui no quierran ni habliarr de elio.

-Tal vez Carolina tenga razón y si nos ponemos de su lado, se nos abrirían muchas puertas. - Aportó Pantera pensativo. Se había colocado junto a Quatemoc y Lupus, sentados con la espalda pegada a la pared, al otro lado de la cripta -

- ¿Ahora la llamamos Carolina? - Lupus miró a su ductus con cara de guasa, mostrando los colmillos, Lilith no podía creer lo rápido que su compañero se recuperaba de los golpes anímicos y volvía a bromear. ¿O sería todo una pose? -

-Si pudiéramos tener acceso al Alexandrium y a los Bibliotecarios, tendríamos todos los

archivos del juicio de Sangris y no haría falta inmiscuirse políticamente, ni molestar a quien no quiere ser molestado. – Dijo ella, tratando de ser práctica. Apoyada en una losa enorme de piedra, estaba hojeando las notas de viaje de su colega De Paso mientras escuchaba. No era capaz de estar a una sola cosa. Nunca lo había sido. -

-También podríamos hablar con De Soto. – Quatemoc les había contado la noche anterior que pudo seguir a Santo Domingo hasta una vieja mansión de Westmount, la zona rica cerca de Mount Royal. Le había sido difícil acceder a un sitio seguro, fuera de la casa, desde el que poder ver algo sin poner en peligro su escondite pues estaba protegida con rituales taumátúrgicos. Pero, tras mucho esfuerzo, consiguió que, cuando el contramaestre de los navegantes salía, algo de la conversación llegara limpia a sus oídos. El cainita al que había visitado, resultó ser su sire, De Soto, el Juez inquisidor que había condenado a Sangris y se había retirado desde entonces de la actividad nocturna de Montreal, en teoría, abrumado y atormentado por aquellos sucesos. A parte de la identidad de su contertulio, Quatemoc pudo entender en la conversación, algo acerca de la importancia de mantener a la Cobra alejado del poder y de la influencia de algunos de sus aliados y de que intentase reclutar a los recién llegados para su causa, pero la respuesta de Santo Domingo había sido bastante airada y prácticamente le había tratado como a un viejo loco que no sabía lo que decía. Le reprochó el no inmiscuirse directamente en aquellos asuntos y no implicarse con los de su propia manada y le dijo que él terminaría por cansarse de aquella ciudad y volviendo a navegar, con o sin su capitán al que ya no reconocía. –

Lilith, dejó la lectura a un lado, impaciente: - No sabemos si quiera si De Soto está cuerdo, y sigue siendo alguien que nos pedirá unirnos a su bando, sea el que sea, para contarnos lo que sabe, eso si es que quiere hablar de ello. Sigo creyendo que los Bibliotecarios son nuestra mejor baza.

-Ya cariño, pero ¿qué te hace pensar que los Bibliotecarios sean más accesibles que el resto? Seguramente estén muy ocupaditos con sus Letanías y sus estuditos del Libro de Nod y demás vainas. Necesitamos conectar con la gente, hacer amigos, caerle bien a alguien para que nos dé acceso a sus secretos, ¿me siguen? Nadie va a ponérselo fácil y tenemos poco tiempo... - De Paso siempre parecía ponerles pegas a sus ideas. Y justo cuando iba a reprenderle, la interrumpieron.

-No estaría mal qui estudiaseis un poco las enseñansas de nuesrtio patrrre, de todas forrrmas.

– El voivoda siempre impelía a sus cofrades a estudiar los textos nodistas.

-Yo, si hay que confraternizar muy a fondo con alguien, me decanto por ir a hacer una visita a las Viudas – Añadió Lupus socarrón. Desde luego era incansable en su búsqueda, pese a todos los fracasos. – A lo mejor ya estamos preparados y temo que pase algo y al final nos lo perdamos.

-Haces que esto parezca un parque temático, jodido pendejo hedonista, tenemos un cometido y se complica por momentos. No podemos dejarnos llevar por tus impulsos masoquistas. - Pese a la dureza de su comentario, Pantera usaba un tono tan festivo como el de Lupus y le respondía así al comentario anterior, por lo que ambos se rieron y Lupus repuso:

-Claro, pero su señoría si puede confraternizar con su excelencia en sus aposentos, jajaja.

La diversión de sus hermanos con aquellas chiquilladas era buena para el ambiente en la manada, pero a Lilith le parecía una pérdida de tiempo:

-Pues a lo mejor deberíamos dividirnos. – Dijo, deseando poder ir a investigar por su cuenta. Pero en aquel momento, antes de que nadie pudiera responder, se oyeron unos pasos fuera y llamaron a la puerta de la cripta. Cuando De Paso abrió, resultó ser Marie Hélèn que les dijo que la Arzobispo había convocado una reunión general a petición del Obispo Ezequiel. Todos los cainitas del Sabbat de la ciudad, estaban llamados a comparecer en el Mausoleo principal del Templo.

Cuando la cainita de los Ángeles Perdidos se hubo marchado, De Paso propuso que aquella sería una buena oportunidad para entablar relaciones con muchos de los vástagos de Montreal y Pantera hizo mucho hincapié en que debían mostrarse abiertos y simpáticos con aquellos, si querían conseguirlo. Pero que se cuidaran de parecer afiliados a alguno de los bandos en liza para evitar suspicacias o malentendidos y animar a los miembros de las cofradías de la ciudad a contarles sus impresiones y motivaciones sin tapujos.

Lilith, pensó que una buena apariencia sería importante para conseguir sus objetivos y así lo expuso. Desde que habían llegado a la ciudad de los milagros, una de las cosas que más le había impresionado era la importancia de la imagen y la moda de muchos de los cainitas que habían visto: Ropas, tatuajes, piercings, peinados, maquillaje y abalorios marcaban las

tendencias de las manadas, los rangos e incluso las posiciones políticas o sendas morales. Entre lo que había visto ella y lo que le habían contado sus compañeros, se había hecho cierta idea de la moda que dominaba la urbe. Y pensaba que a lo mejor ellos mismos con un poco de trabajo podrían ofrecer una imagen poderosa que atrajese las miradas y el asombro de los demás, ayudándoles así en su labor de ganarse aliados y abrirse nuevas puertas.

Pantera y Lupus recibieron la idea con entusiasmo y aportaron algunas impresiones más o menos acertadas al respecto, pero De Paso y Quatemoc no parecían muy contentos de tener que variar su aspecto, por no hablar de que La Bestia se cerró en banda a modificar en lo más mínimo su indumentaria y apariencia argumentando que su experiencia de siglos le daba autoridad suficiente para estar por encima de aquellas nimiedades que sólo interesaban a los jóvenes cainitas.

Lilith no quiso presionar más a sus hermanos, ya que, conociéndolos, sabía que no conseguiría nada de esa forma. Pero ella misma, para aquella especial ocasión, se puso un maquillaje que dejó a todos sorprendidos. Utilizando gena y productos naturales, se adornó el rostro y las manos con motivos rúnicos y tribales y se vistió a juego con los colores. El resultado fue espectacular y en cuanto la vieron, Pantera, Lupus, e incluso Quatemoc, le pidieron que les ayudara a mejorar su propia imagen e intentaron animar a sus otros cofrades.

Al cabo de media hora, los Silver Rockets al completo, desfilaban hacia la sala principal del trono, con un aspecto mejorado. Lupus y Quatemoc, habían añadido intrincados tribales y runas de gena a sus ya potentes tatuajes, y plumas y cordeles de motivos indígenas a sus pulseras, pendientes, collares y broches. Pantera había adornado su indumentaria de cuero negra con múltiples correas con hebillas, cadenas y chapitas de plata y se había colgado al cuello una gargantilla con cruz del mismo material, además de ponerse varios anillos que solo usaba en rituales y fiestas importantes. De Paso se puso su traje de arreglar y Bestia aceptó sacudir sus ropas y ponerse una capa de viaje de Lilith, que a él le quedaba como una capa corta, estilo inglés. La tremere antitribu se sentía bastante satisfecha de su trabajo.

La imagen que contempló Lilith cuando entraron en la grandiosa sala, la dejó nuevamente impresionada. Los ecos que había escuchado la primera vez, se hallaban ahora completamente apagados por el alto volumen de ruido que generaban los casi cuarenta cainitas allí reunidos. Las representaciones de mármol se veían, en esta ocasión, compitiendo con las almas de carne y hueso ocupando el espacio repartido, pero, pese al blanco mortecino de los segundos, sus

ropas y movimientos les hacían diferenciarse en la vitalidad que, contradictoriamente, no poseían.

Un primer vistazo le ofreció a la tremere antitribu una abundante variedad de estilos y complexiones, portes y expresiones. Su llegada atrajo algunas miradas, mas, la mayoría de los allí reunidos, se encontraban afanados en sus propias conversaciones, ritos e interacciones, esperando a que la reunión fuera iniciada por la Arzobispo quien, en aquellos momentos, se hallaba conversando en voz baja con Miguel Santo Domingo, de los Navegantes, que se había acercado hasta el trono.

Valez lucía aquella noche un mono de motorista de cuerpo entero, negro y verde, ajustado, que hacía resaltar su pequeña figura, pero le otorgaba una imagen de fuerza que un vestido le hubiera arrebatado. Guantes y una trenza de raíz completaban su oscuro dibujo. Tras ella, a unos pasos, se encontraba Smith, el antiguo con el que Pantera les había advertido que había que tener cuidado. Vestía exactamente igual que en la primera ocasión en la que lo vieron, gris y negro clásico, con una capa cubriéndolo y caminaba de un lado a otro, con las manos en los bolsillos, como si estuviera impaciente por algo, mirando alternativamente a su chiquilla y hacia el resto de los presentes, cuando separaba los ojos del suelo. Cerca de ellos, sentado en la escalinata bajo el estrado, el desgarrado Gharston Roland, acariciaba a sus perros ghoul sin hacer mucho caso a la concurrencia, o fingiéndolo. Vestía su larga gabardina de cuero azabache y los vaqueros desgastados y el largo cabello oscuro escondía el tatuaje que Lilith observara en su primer encuentro, a un lado de su rostro.

Lejos de ellos, junto a una de las entradas de aquella estancia, la última integrante de Los Ángeles Perdidos, se mantenía como siempre, observando a distancia. A juicio de Lilith, o no estaba a gusto con tanta gente al rededor, o en general, no se encontraba cómoda cerca de otros cainitas. Aún no la había tratado lo suficiente para conocer la respuesta. Una camiseta de tirantes y una camisa de cuadros constituían todo el complemento a sus jeans ajustados y botas con flecos.

Cerca de la entrada por la que ellos mismos estaban accediendo, se encontraban las Navegantes, Erinyi y Celeste, a las que Santo Domingo había dejado solas con su acercamiento al trono. Ambas vestían camisetas a juego con el logo de WyldChyld, el grupo musical de las que ellas mismas eran parte, pero, mientras que Celeste llevaba unos pantalones de cuero negro y botas y el pelo suelto y cardado, con un maquillaje que podría definirse como de

estrella del Rock, y sus tatuajes, piercings y demás abalorios, Erinyi solo llevaba unos vaqueros cortos y raídos y el resto de su pétreo cuerpo a la vista, alas incluidas, rematado con unas gafas de sol que le daban un aire más humano. Fueron de las primeras en recibir a los Silver Rockets, pese a que Lilith pudo captar claramente la frialdad con la que la gángrel antitribu saludó a Lupus y la cara de circunstancias de su amigo.

Mientras estos saludos eran efectuados, Santo Domingo, que ya había terminado de departir lo que fuera con la líder de la ciudad, volvió con su manada y se mostró como siempre, muy afable hacia sus nuevos hermanos Sabbat. El alto bruja antitribu llevaba puesta una chaqueta color crema y una camisa marrón de cachemira, abierta, sin nada debajo, mostrando sus collares y amuletos y su torso tatuado y musculoso. Lilith podía adivinar su legado mortal de sangre mezclada, que le había dejado un cuerpo escultural y que pese a haber perdido el característico color de la vida, rivalizaba con las formas y relieves perfectos de las tallas allí presentes. Pantalones de cuero blanco y botas del mismo color, con punta, protegían sus extremidades inferiores, dándole al conjunto, un toque informal muy a la moda. Seguía llevando puestas sus gafas redondas y el pelo corto peinado hacia atrás que le daban ese aspecto de contrabandista moderno del narcotráfico.

Estando el contraamaestre intercambiando impresiones con Pantera y Bestia, Lilith observó que, junto a ellos, los tres vástagos que componían Las Reinas de la Misericordia, con Sebastien Goulet a la cabeza, se disponían a cruzar el gran auditorio hacia el lado opuesto, donde una decena de cainitas, a los que ella no conocía, conversaban entre ellos en corrillo, bastante ajenos al resto de las demás manadas allí congregadas. Pero justo cuando estaba tratando de dilucidar si alguno de ellos podía pertenecer a la cofradía de Los Bibliotecarios, ya que Pantera les había contado que las tres manadas eran aliadas políticas, un grito se escuchó por encima de todas las conversaciones proveniente del fondo más poblado del mausoleo:

- ¡Goulet!, reina maricona, ¿Vas a hacerle una mamada a tu pastor a ver si puede protegerte?
– Las feas palabras fueron escuchadas por toda la sala, y aunque Lilith y alguno de sus hermanos parecieron bastante sorprendidos de la cruda y peligrosa provocación, tras responderle sin mirar y alzando el dedo corazón:

- Va te faire enculer, Bellemare! – el ductus de las reinas, siguió su camino sin inmutarse y el resto de los allí presentes, lo tomaron como una anécdota que debía ser bastante regular.

-Ya te gustaría a ti... jajajaja – El cainita que había proferido aquel improperio, se hallaba

junto a la pared que estaba justo en frente del trono, abrazando a dos féminas que debían ser de su manada. Por la descripción, calvo, musculoso y con pintas de ángel del infierno, el tatuaje de una pistola en su mano derecha, y el nombre que le había parecido entender a Goulet, debía tratarse del pandillero del que había hablado Bestia, Pierre Bellemare. Un tío bastante despreciable en apariencia, pero, al parecer, respetado como guerrero por muchos. Las dos vástagos a las que sujetaba con sus poderosos brazos, no parecían especialmente a gusto, aunque tampoco intentaban liberarse de su presa ni se quejaban. Una de ellas, la más robusta, a juego con él, vestía de cuero negro de motorista y llevaba abundantes piercings y tatuajes coronados por un pelo rojo sangre en media melena lisa y suelta. Su expresión, dura, podría ahuyentar a cualquier hombre no acostumbrado a la violencia. En el otro brazo, también joven en apariencia, una espigada cainita de cuerpo más atlético y fino, llevaba una larga trinchera negra sobre un top y pantalones de camuflaje, botas altas y el pelo rapado a lo skin head, con dos grandes aros en las orejas. Su rostro, que podía parecer más dulce en un principio, lucía apagado y triste, con gesto de resignación. La taumaturga de Silver Rockets, no envidiaba a aquellas dos vampiras y el ductus al que soportaban, pero pensaba que como sabbats, eran libres de alzarse contra su yugo si no les gustaba e incluso de buscar otra cofradía más de su agrado. Si no lo hacían, sería por propia voluntad.

Junto a los que Bestia había nombrado como Los Huérfanos, ahora que se fijaba, los otros cainitas que allí se encontraban, debían conformar el grupo que apoyaba al Obispo Ezequiel: tanto los mismos 25:17 como los Desgraciados. Lilith, acababa de localizar, entre ellos, sin duda alguna, al serpiente de la luz por el que su nueva amiga Erinyi poseía fuertes sentimientos, justo cuando Lupus gritó: - ¡Amigo Polidori!

El nosferatu antitribu al que conocieran justo antes de llegar a Montreal, se encontraba allí, precisamente, mezclado entre los partidarios de la cobra, y al darse cuenta de quién le llamaba, se acercó amablemente a saludar. Seguía llevando su guardapolvos gris y sus gafas y casco de policía. Tras un pequeño, pero sentido saludo de cortesía, y preguntar qué tal les había ido su toma de contacto en la ciudad, Polidori, al saber que les estaba costando un poco conocer a los cainitas de su urbe, ofreció a Pantera presentarles al Obispo Ezequiel y su manada, con los cuales tenía una relación bastante buena, según les explicó.

Acercándose al grupo que debían ser los partidarios de la cobra, Lilith se dio cuenta de que le había pasado inadvertido un gigante de casi tres metros de alto, con el volumen de un elefante, que se hallaba entre ellos. El único motivo por el cuál no lo había visto hasta ahora,

tenía que ser el uso del poder ofuscatorio que aquel cainita debía estar utilizando a tal efecto. La tremere antitribu, no era capaz de imaginar cómo era posible que un vástago pudiera llegar a ese tamaño, partiendo de que no había registros históricos de humanos mortales de tal envergadura y ella no conocía ningún proceso o disciplina vampírica que permitiera aquella transformación. Se le ocurrió que, seguramente, aquel cainita estaba utilizando algún efecto alucinatorio mental para provocar el engaño visual. Ella había visto con sus propios ojos, emplear un poder llamado Quimerismo que provocaba tales resultados y mayores. Pero si se trataba de eso, estaba muy conseguido.

Era calvo y de rostro deforme, posiblemente un nosferatu antitribu también, y salvo por un taparrabos, su cuerpo blanquecino y macilento brillaba húmedo a la luz ambiental de los fluorescentes distribuidos por toda la sala. Se encontraba sentado contra la pared, varios metros hacia la izquierda de Bellemare, junto a un pequeño y flaco cainita, con la piel de un color negro antinatural, cuyos miembros extremadamente finos y alargados se asemejaban a las patas de un insecto. El blanco de los grandes globos oculares del empequeñecido acompañante, destacaba en el contraste, mientras miraba atento a todos lados, visiblemente incómodo de encontrarse allí.

Aquellos dos extraños cainitas estaban acompañados de cerca por otra a la que Bestia saludó con una ostentosa reverencia, antes de que alcanzasen al obispo. Ella era espectacularmente distinta: casi desnuda, su cuerpo era una especie de imagen imposible de carne y metal, con formas pseudohumanas, entre un faquir y un ciborg de película de serie B. Sin duda, pensó Lilith, debía tratarse de Stephanie L'Heureux y aquel trío tenían que ser la manada de los Desgraciados. Ahora entendía mejor aquel extraño concepto del que había hablado el voivoda, cuando les describió las motivaciones evolucionistas de dicha cofradía. Aunque seguía sin cuadrarle el tamaño de aquella montaña sin pelo.

Finalmente, alcanzaron al quinteto que debían conformar la manada del obispo Ezequiel y fueron presentados uno a uno. El serpiente de la luz, lo que venía a ser la versión Sabbat de los seguidores de Set, era hermoso incluso para los cánones vampíricos. Su imagen irradiaba seguridad y poder. Vestido con un chaleco de cuero abierto, dejaba al descubierto un torso libre de vello, tatuado hasta el extremo con motivos y dibujos coloridos que armonizaban con sus formas y le cubrían al completo hasta las manos y el cuello, subiendo algunas ramificaciones hasta el rostro. Su expresión era sería y distante, como la de quien ve más allá de lo que tiene delante, los ojos de alguien que sigue un propósito que le guía y observa todo

lo demás como meros trámites necesarios para alcanzarlo. Y así se sintió la taumaturga cuando le fue presentada: un mero trámite. La mirada profunda de aquel deslumbrante cainita apenas se posó en ella un segundo antes de pasar al siguiente, mientras que ella casi no era capaz de separarla de él. Podía entender la atracción que el individuo ejercía sobre Erinyi y la devoción de todos los que le seguían. Su aura era sorprendentemente poderosa, teniendo en cuenta además que, como habían podido averiguar, la Cobra era un vampiro con una edad no muy diferente de la de los mismos Silver Rockets, lo cual era una media bastante juvenil en términos de la estirpe.

Polidori fue el que habló y nombró a la cofradía nómada uno por uno, mientras que el serpiente de la luz asentía y les cogía por el antebrazo, al modo romano, lo que parecía ser una moda o costumbre de aquel grupo según había observado la tremere. Mientras lo hacía, no dijo ni una palabra, parecía muy concentrado en algo ajeno a aquella situación, algo que debía estar a punto de comenzar.

Cuando por fin fue capaz de apartar su mirada del Obispo, Lilith se obligó a repasar a sus hermanos de manada, estaba especialmente interesada en Yasmin, la antitribu tremere de la que le había hablado la gárgola. Allí, detrás de su ductus, entre otros dos cofrades que la flanqueaban, se encontraba una cainita con el rostro parcialmente oculto por la capucha de su capa que no dejaba advertir su expresión. Solo podía entreverse algo de la nariz y unos finos labios rojos apretados. El negro de su túnica, llena de motivos rúnicos cosidos en blanco y dorado, cubría todo su cuerpo, aunque dejaba adivinar unas formas bastante proporcionadas para su altura, algo por encima de la media. La tremere antitribu parecía algo tímida, o tal vez, asocial. Lilith no fue capaz de trabar contacto con sus ojos para intentar abordarla de alguna manera, antes de que Ezequiel se adelantara hacia el trono y dijera, a un volumen que no todos pudieron escuchar:

- ¿Podemos empezar con la reunión, su excelencia? – Su tono denotaba impaciencia.

Las voces comenzaron a apagarse y la cobra volvió a colocarse junto a sus cofrades a la espera de que Valez abriera la sesión. El vástago a su izquierda, con rasgos de oriente medio, llevaba, sin embargo, un traje occidental blanco impecable, algo holgado, a la moda mortal, con una fina corbata negra y el pelo muy corto del que salía una larga coletilla decorada con decenas de anillas. Sus pequeños ojos, perfilados de negro, miraban inquietos todo, dando una imagen de continua alerta, lo que le indicaba a Lilith que debía de ser el encargado principal de la

seguridad del obispo. El último integrante de la cofradía, posicionado a su derecha, era el robusto individuo al que conocieron el día de su presentación a la Arzobispo. Aquel que pasó cómo un rayo, con malos humos, antes de que Valez les recibiera en aquella misma sala. Vestía igual que la otra vez, como un soldado de las viejas guerras de principios de siglo XX, con una gastada trenca beige y el pelo suelto y enmarañado. En aquel momento, parecía más calmado, pero daba la sensación de estar a la espera de lo que fuera a suceder.

La Arzobispo se levantó del trono de huesos y se dispuso a hablar. La tremere aún no había podido fijarse en el grupo de manadas que se aglutinaban a la izquierda de Carolina, los que, en teoría, formaban los Pastores, los Bibliotecarios y las Reinas de la Misericordia, que se habían desplazado con ellos. Y no había ni rastro de Musa, Skin o Juguete, ni tampoco veía al pierrot, ni a nadie con la descripción que había dado La Bestia del voivoda circense. Lo que significaba que no todos habían acudido. De hecho, cuando ellos mismos se colocaron a cierta distancia de las otras manadas, entre Ezequiel y el estrado del trono, casi en el centro de la sala, y pudo ver los grupos que se habían formado, se dio cuenta de que Los Ángeles Perdidos solo contaban, en realidad, con el apoyo de la manada de los Navegantes, así que, las Viudas, tampoco debían haber venido.

-Tengo la impresión de que estamos todos los que van a acudir esta noche, – Valez arrancó con la seguridad característica que solía dirigir sus discursos. – así que, doy por iniciada la reunión. Podríamos comenzar con la lectura de los textos sagrados por parte del poeta de la Noche, el Obispo Alfred Benezri, como es costumbre y tradición en la secta y en nuestra ciudad, pero estoy segura de que el carácter de urgencia y el apremio con que el obispo Ezequiel ha demandado la celebración, ha de ser atendido con premura y que el asunto que nos trae a todos aquí, debe ser de suma importancia. Así que pospondremos las oraciones, ritos y Vaulderies para el final de la reunión, en consecuencia.

El Obispo Benezri y sus partidarios prorrumpieron en un sonoro murmullo que manifestaba su desaprobación a la medida tomada por Valez. Lilith se fijó en que aquello provocó una mueca de fastidio en la cara de la arzobispo y más murmullos en los otros grupos. O aquello no era muy habitual, o alguien estaba pensando que Carolina demostraba debilidad ante su rival.

Ezequiel, sin embargo, sonreía irónico, aparentemente orgulloso de lo que era capaz de provocar:

-Una sabia decisión, excelencia, si se me permite el halago. – soltó la cobra. Hablaba bajo, para

que la gente se obligara a esforzarse para escucharle.

-Se te permite, pero no ha lugar. Espero que lo que tengas que relatarnos sea tan importante como para que nos hayas traído a todos aquí. No me gustaría haber hecho que todas las cofradías de Montreal acudieran para que nos cuentes las mismas bravatas de siempre. Creo que ya todo el mundo es consciente de lo que quieres y no posees. – Carolina soltaba así su órdago. Si lo que tuviera que contar el serpiente de la luz no era de una importancia vital, le dejaría en entredicho. Sobre todo, si simplemente se trataba de la matraca de siempre. Los discursos recurrentes, pensó la taumaturga, terminan por cansar si no suponen cambios reales. Y eso es lo que parecía estar buscando la lasombra. – Así que, sin más preámbulos, cedo la palabra al obispo, miembro de veinticinco diecisiete.

Ezequiel, sin dejar de sonreír, pareció sopesar la situación unos instantes antes de empezar a hablar. Posiblemente, aunque tuviera preparado su discurso, intentaría utilizar las palabras de su adversario para hilvanarlo en su favor. Cabeceó asintiendo a la argumentación de la arzobispo:

-Lo que quiero es la victoria del Sabbat – dijo elevando ya un poco su voz de tenor. – Mi único deseo es el que todo miembro de la Espada de Caín debería llevar en su corazón. Y es cierto eso que dices, Valez. No lo poseo. El Sabbat no tiene la victoria. Nuestra secta no ha sido capaz en quinientos años de historia de vencer a sus enemigos. Es más, de hecho, no hemos hecho más que ser derrotados. - Hizo una pausa mirándola directamente, - Casi siempre – La gente recordaría los éxitos de él en Chicago y los fracasos de la lasombra en Los Ángeles. La Arzobispo negaba con la cabeza evidenciando su desaprobación, con cara de incredulidad, como pensando: ‘aquí viene otra vez’. Pero la cobra prosiguió:

-Hoy, hemos recibido, a través de nuestro querido hermano Polidori, - Dijo esto mientras señalaba al nosfe antitribu. - un informe corroborado y directo de lo que ya habíamos anunciado durante las últimas reuniones. No solo sabemos que la ciudad de Ottawa se encuentra en un estado lamentable en cuanto a sus defensas y que sus principales líderes camarilla han huido de allí, sino que además conocemos de primera mano, una directiva que varios altos cargos de La Mano Negra van a extender en breve por todo Norteamérica. En ella, se anima a los valientes guerreros de nuestra secta a tomar la ciudad lo antes posible. – Los rumores y murmullos, comenzaron a extenderse por toda la sala. Ezequiel levantó los brazos para acallarlos y poder seguir hablando, pero Carolina se adelantó elevando la voz por encima

de todos.

-Ya hemos hablado de lo que supone para nuestra ciudad abordar una cruzada en estos momentos. Esos informes de los que hablas no cambian para nada nuestra situación interna. Y como ya hemos repetido muchas veces aquí, cobra, la Mano no tiene autoridad por sí misma para emitir una orden semejante. Sólo un Priscus o un Cardenal, podría hacerlo y sé de buena tinta que no ha sido así. – Lilith observó la suficiencia de Valez. Parecía tener todo bajo control. Aquella noticia no la había tomado por sorpresa, lo que la dotaba de una confianza y tranquilidad ostensible.

-Yo no he hablado de ninguna orden, excelencia. – La voz del serpiente de la luz se hacía casi inaudible entre el tumulto de susurros que recorrían el mausoleo. Pero se llamó al silencio para poder escuchar sus argumentos. – Sin embargo, se trata de una llamada que ningún hermano que se precie debería desoír. Porque este puede ser nuestro momento. – Su volumen se fue elevando progresivamente. - El comienzo de la reconquista de Canadá, Ottawa solo es el principio. Quebec, Toronto, Vancouver. Todas caerán como fichas de dominó. Y más tarde, los Estados Unidos. Porque esa es nuestra lucha, ese es nuestro objetivo, no lo olvidemos. No estamos aquí para mantener lo que hemos conquistado, el Sabbat no lucha para sobrevivir, nuestro destino es predominar y muchas veces lo perdemos de vista, nos conformamos, pero la Espada de Caín no nació para conformarse. – Los partidarios de Ezequiel aplaudieron y vitorearon a su líder.

-La verdad de la joven cobra ya está aquí para iluminarnos a todos. – Cuando los aplausos comenzaban a apagarse, Alfred Benezri, un vástago de aparente mediana edad y porte impresionante, que vestía una túnica oriental abierta y cuyos brazos cubiertos de tatuajes orientales, tenía colocados juntando las manos, a modo de plegaria, interrumpió con su voz grave, sin ser invitado - Olvidad vuestras no vidas, hermanos, olvidad vuestras creencias, olvidad vuestras ocupaciones y obligaciones. – Su larga perilla de oscuro pelo anudado, bailoteaba con los movimientos de su barbilla. - Olvidad la realidad de la noche tediosa y larga, porque ya está aquí su revelación. Oh, mesías de los desamparados, adalid de los herederos, chiquillo de la oscuridad, tráenos tu luz.... de serpiente. – El verso del Pastor y su interpretación eran magistrales. Lilith entendía ahora por qué había adquirido su sobrenombre. - ¿Cuándo olvidé que no soy digno? Oh, ya recuerdo, me lo enseñó un tal Sangris. – Algunas risas y aplausos de parte de sus partidarios, apoyaron el discurso. En especial desde la manada de Las Reinas de la Misericordia, lo cual tampoco es que le pareciera

a la tremere que agradara demasiado al obispo.

- ¡Dos manadas! – Gritó Ezequiel en respuesta. No parecía querer enfrentarse dialécticamente con el otro obispo. Pero el atronador griterío de la sala entre las diferentes facciones, pareció descender con la propuesta de la joven cobra. – Solo pido dos manadas. Apuesto mi existencia y la de los más valientes cainitas de la ciudad. - A aquellas alturas, todo el mundo se había callado para escuchar lo que el obispo tenía que decir. – Tomaré Ottawa con 25:17, Les Orphelins y Los Desgraciados. – Hizo una breve pausa. Y los murmullos comenzaron de nuevo – Y si fracaso, os habré quitado un problema de en medio a los dos. ¿No es así? No tenéis nada que perder.

El obispo Benezri se giró hacia la arzobispo, buscando su respuesta. Ella, se había quedado con los brazos en jarras mirando a Ezequiel:

-Confundes mis palabras y a los demás, como siempre, Serpiente. – Carolina, habló esta vez más calmada, bajando el volumen. A Lilith le pareció que trataba de conseguir una imagen más cercana frente a la multitud. - No quiero deshacerme de mis problemas, sobre todo cuando éstos forman parte de mí, de mi ciudad, de mi secta, de mi familia. Si lo que buscas es inmolarte gloriosamente, adelante, no voy a impedírtelo. Pero no te llevarás a tres cofradías de guerra de Montreal contigo. – Las quejas y los murmullos surgieron esta vez de los partidarios de la cobra. Pero Valez prosiguió - Nos dejarías a merced de nuestros enemigos. Encuentra aliados en la Mano Negra, llama a alguno de tus amigos de Chicago, pero a los Desgraciados los necesito para controlar las alcantarillas o las ratas nos invadirían. Ya te dije que, aunque Ottawa pueda parecer desguarecida, todo podría ser una estratagema desde Quebec o Toronto, y si nos cogen debilitados, podría ser fatal.

-Me temo que estoy completamente de acuerdo con la Arzobispo en eso, joven cobra, por más atractiva que me resulte la posibilidad de tu sacrificio. - Argumentó el líder de los Pastores de Caín.

Las impresiones de la muchedumbre volvieron a producir un murmullo que revoloteaba por todo el mausoleo, Lilith observó que Stephanie L'Heureux se quejaba con un bufido, mientras que Bellemare, no borraba su socarrona sonrisa del rostro, como si todo aquello le resultase una broma. Ezequiel, negaba con la cabeza, incrédulo. La taumaturga iba haciéndose una idea de las relaciones entre facciones y de las diferentes personalidades de algunos de los ductus.

De Paso, que estaba a su lado, también cambiaba impresiones con la Bestia y con Lupus, mientras Quatemoc, observaba impasible la escena. Pantera, hasta ahora pensativo, de pronto se giró a los demás y les dijo, para que sólo ellos pudieran oírlo:

-Esta puede ser nuestra oportunidad. Ofrezcámonos para acompañar a Ezequiel en su cruzada.

– El lasombra, normalmente era muy sutil cuando daba sus órdenes. Parecían sugerencias y cuando las hacía, miraba a todos como si buscara su aprobación y consenso. A muchos cainitas aquello les parecía una debilidad, pero la tremere había aprendido a ver sus ventajas. Quatemoc afirmó con la cabeza el primero, el hecho de saber que Polidori y 25:17 pertenecieran a la Mano Negra, parecía que le ofrecía confianza.

-Siempre me han gustado las celebraciones pre cruzada, ¡por no hablar de las de victoria!, jajaja. – Lupus era un incondicional.

-Pero ¿No dijite que no escogeríamos bando? – respondió en un susurro el templario argentino, que siempre atendía a las posibles inconveniencias.

-Y no olvidemos que una batalla en Ottawa, nos alejaría de nuestra investigación. – Lilith no estaba segura de querer participar en una partida de guerra de nuevo, tan pronto.

-Porr una viez tiengo que darrle la riazon al ductuss. Si salimoss victorriososs, el riesto de cofradíass tendrá una miejorr opinión de nosiotrross, e incluso loss Pastiores noss mostrrarrán riespeto. – Dijo el tzmisce, casi contrariado, colocándose su nueva capa.

-Además, – Añadió Pantera, cada vez más seguro de su idea. - si salimos victoriosos, el poder se inclinaría del lado de la cobra y tendremos su apoyo por haberle ayudado. Valez tendrá que darnos lo que necesitamos como recompensa por nuestros servicios a su ciudad e intentará recuperarnos para su bando.

Lilith, tuvo que reconocer que la idea no era mala, pero como era habitual, sus hermanos nunca pensaban en el 'si no salimos victoriosos', porque no era honroso ni aceptable para una manada Sabbat que se preciase. Y aquello era un problema, por mucho que no quisieran hablar de ello sus hermanos. Todo se iría al garete si la cruzada contra Ottawa resultase un fracaso. Su prestigio, su investigación, su propia existencia, podían perderlo todo de un plumazo. La no vida en el Sabbat, era sin ninguna duda estresante y muy exigente.

Mas todo estaba ya decidido. Pantera se acercó a hablar con Polidori que, a su vez, se lo comunicó al obispo. Ezequiel, comentó con sus cofrades, en corrillo, la oferta que se les había transmitido y la antitribu notó como la mirada de los veinticinco diecisiete recorría a toda su manada, tratando de valorarla y sopesarla. Carolina Valez, que estaba viendo desde arriba los movimientos del Nosferatu, pareció darse cuenta de que algo estaba sucediendo y preguntó:

- ¿Alguna otra idea rocambolesca? – La arzobispo quería cerrar el tema y no parecía tenerlas todas consigo.

Ezequiel, miró a Pierre Bellemere, quien le hizo un gesto de indiferencia con los brazos, abriéndolos y elevando los hombros, con cara de ‘por mi bien’. Y entonces, respondió a la Lasombra:

-De acuerdo. Los Desgraciados se quedan. – Dijo, y se dirigió a la tzimisce chiquilla de Zarnovich, que había emitido un gruñido de desaprobación, para consolarla: -Te prometo que vuestro momento llegará, L’Heureux. Esto no cambia nada. – Y volviendo a Valez, prosiguió: – Nos llevaremos a la manada nómada mejicana. Su líder se ha ofrecido valientemente a acompañarnos, cosa que les honra.

Sus palabras, cogieron por sorpresa a Valez, que se quedó mirando fijamente a Pantera, como intentando adivinar por qué lo había hecho. Su gesto no dejaba lugar a dudas, la jugarreta no le había gustado, mas, en aquel momento, Tobías Smith, se le acercó y le susurró algo. Entonces intercambiaron algunas palabras mientras Benezri decía:

-No puedo poner objeciones a eso, excelencia. No veo que tenemos que perder, más allá de algo de músculo y mucho ruido, salvando quizás, la inestimable presencia e inteligencia de la maravillosa Yasmin. – Dijo mientras miraba a la tremere antitribu con un gesto caballeroso - Pero ahí, temo no poder hacer nada al respecto.

-Pareces dar por sentado que perderemos, poeta. Yo de ti no estaría tan seguro. - Le dijo Ezequiel envalentonado. Y continuó – Si vencemos, las cosas van a cambiar mucho por aquí, te lo aviso. – El serpiente de la Luz, se veía regresando como el César a Roma.

En aquel momento, la arzobispo intervino, al parecer, de acuerdo con su sire:

-Si salís victoriosos, uno de los dos, tú o Bellemare, deberéis quedaros en Ottawa con vuestra

manada durante un tiempo para proteger lo ganado. No sería la primera vez que se pierde una conquista por no defenderla adecuadamente, y sólo alguien de aquí puede garantizarnoslo. Si, además, encontráis a alguien dispuesto a apoyaros allí, la cosa podría funcionar. Y me sentiría muy orgullosa de ti, cobra.

Lilith, se dio cuenta de lo que aquello significaba. La lasombra, de esta forma, separaría a la facción de Ezequiel, debilitándola para que no pudiera regresar a destronarla con su victoria. Y lo hacía, apoyándose en una estrategia impecable, que no dejaba lugar a réplica. La tremere estaba segura de que el sire de Valez, había tenido algo que ver en aquella decisión. Pero, cuando miró a Smith, no pudo descifrar nada en su impertérrito rostro, ni rastro de orgullo o congratulación. De hecho, lo que sí pudo percibir, fue una rápida y sutil mirada a alguien situado cerca del chiquillo de Sangris y un leve cabeceo. Algo no encajaba. Cómo les había dicho Pantera, el antiguo lasombra era alguien de quien no fiarse, y, si la arzobispo le había dicho la verdad, en realidad, ni ella misma lo hacía.

-Puedes poner todas las condiciones que quieras, Valez. Nada cambiará lo que está por venir. El futuro de esta ciudad y de la secta, lo escribiremos los vencedores. No busco tu aprobación ni tu orgullo, sino el de todos mis hermanos y hermanas del Sabbat y el del mismo Caín, nuestro padre. ¡En tres días, Ottawa caerá y volveré aquí a anunciarlo! ¡Recordadlo! – Gritó Ezequiel para que quedase bien claro. Y tras arengar a los suyos que lo vitoreaban fervientemente, destacando entre ellos el grito grave y profundo de aquel descomunal cainita que había sorprendido tanto a Lilith, el Serpiente de la Luz se dirigió hacia la salida, deteniéndose en su camino para hablarle a Pantera:

-Sed bienvenidos, hermanos. Agradecemos vuestro apoyo y esperamos que no nos defraudéis en la lucha que está por venir. Preparaos para la guerra, pues pronto la sangre correrá a mares en la ciudad camarilla. Ahora, nosotros nos retiramos, mañana al anochecer, acudid a nuestro refugio, La Caída del Ángel, cualquiera puede deciros dónde está. Iniciaremos desde allí las preparaciones para la cruzada. – Y todos los partidarios del obispo se marcharon en una procesión, cerrada por el curioso efecto que producía ver a una especie de luchador de sumo gigante, con el otro extraño vástago oscurecido colgado a su espalda, moverse con una agilidad imposible, probablemente gracias a la fuerza sobrehumana que poseían algunos cainitas.

El resto de la reunión se celebró con mucha menos intensidad. Pese a la marcha de aquellas

tres cofradías, la arzobispo trató de seguir formalmente con los ritos y ceremonias habituales como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal aunque, durante aquellos, Lilith observó que el resto de vampiros, parecieron mucho más pendientes de observarles a ellos y murmurar que de la celebración.

Erinyi, se acercó para felicitarla por su futura empresa junto a su adorado cainita y le pidió que, a la vuelta, le relatase las azañas del obispo, que, sin duda, serían de lo más valientes e inspiradoras, sin dejar de transmitirle la envidia que sentía de no ser ella la que acudiese a la cruzada. La tremere antitribu no se atrevió decirle que ella hubiera preferido no ir y que le cambiaría el sitio encantada. Habiendo otra hechicera de sangre en el grupo, mucho más experimentada que ella, no veía que podría aportar en aquella batalla. Aunque quizás podría aprender algo de Yasmin.

Más tarde, durante las lecturas del Poeta de la Noche y la anunciación de la próxima apertura de la Letanía de la Sangre, fue uno de los miembros de los Pastores, otro nosferatu antitribu que se presentó como Rafael Catarari, el que se acercó a los Silver Rockets para desearles la mayor de las suertes en su empresa. Lo más destacado de aquel vástago, más allá de sus vaqueros y su camiseta sin mangas que dejaba al aire tatuajes de ángeles y motivos celestiales, era que actuaba como si fuese y se sintiese, no solo normal, sino atractivo. Y su aura junto con sus ojos, funcionaban a favor de aquella actitud, pese a la notoria fealdad provocada por su sangre. Catarari, les advirtió de las ínfulas de grandeza que marcaban la personalidad del chiquillo de Sangris y de que no se dejaran impresionar por sus potentes discursos y lecciones. Les pidió que les informaran a la vuelta de la lucha y los Pastores de Caín les acogerían y les otorgarían su bendición. Tendrían una visita especial al Alexandrium.

Al final de la reunión, cuando Carolina Valez se retiró por fin, sin embargo, un vástago se quedó para intercambiar unas últimas palabras con ellos. Se trataba de Tobías Smith, que tras despachar a Gharston Roland, para que acompañara a los cainitas que quedaban a la salida, se acercó a Pantera y le dijo:

-Puede que te haya subestimado, Francisco. A lo mejor eres más listo de lo que esperaba. Pero no olvides lo que te dije. Por cierto, Carolina deseaba que te recuerde su oferta, pese a todo.